La aprendiz de las mareas pequeñas

Por Shyvirelle

En la bahía del Junco, las mareas siempre habían llegado hasta una piedra con forma de pez. Los pescadores la usaban para saber cuándo podían volver con las barcas. Los niños la saltaban en verano. Nadie recordaba quién la había puesto allí porque, en cierto modo, la piedra había sido siempre la medida de la costa.

Una mañana, el agua quedó tres dedos por debajo.

—Son mareas pequeñas —dijo un vecino, encogiéndose de hombros.

Lúa, que aprendía el oficio de guardacostas, anotó la diferencia en su cuaderno. Su maestra le había enseñado a registrar lo que veía antes de buscar una explicación. La joven dibujó la piedra, puso una raya junto al nivel del agua y escribió la fecha. Al día siguiente faltaba un dedo más.

El pueblo no se alarmó. Algunas barcas llegaron con barro en la quilla, pero siguieron entrando. Las familias ajustaron las cuerdas de amarre. Solo Sira, la mujer que fabricaba sal junto al estero, acudió al pequeño puesto de guardia con una jarra entre los brazos.

—No es una marea —dijo—. El mar está dentro de esto.

La jarra parecía hecha de sal endurecida. Estaba seca por fuera, pero pesaba demasiado para su tamaño. Si Lúa acercaba el oído, escuchaba un rumor parecido al de las olas bajo un muelle.

—¿Cómo entró? —preguntó.

—Yo no lo hice entrar. Hace años que ocurre. Primero eran gotas. Luego tuvimos que construir depósitos enteros. Cada vez que el pueblo decide que un daño no merece nombrarse, la bahía pierde un poco de agua y la sal la guarda.

Lúa creyó que Sira le contaba un cuento para asustarla. La mujer la llevó a su taller: hileras de recipientes blancos, unos pequeños como tazas, otros altos como toneles. Todos estaban cerrados con discos de arcilla que llevaban palabras. «El muro roto no fue para tanto». «Se quedaron sin redes, pero eran viejas». «Solo se llevó un poco de arena».

No eran las palabras de quien había cometido cada daño. Eran las frases con que otros lo habían reducido a casi nada delante de todos.

—No basta con que alguien se equivoque —explicó Sira—. El agua se retira cuando dos o más vecinos se ponen de acuerdo públicamente en que lo ocurrido fue pequeño y no vale la pena escucharlo. La magia no sabe medir el peso de una pérdida. Escucha cómo la nombramos.

Lúa abrió su cuaderno. Recordó discusiones en el mercado, reuniones donde se aprobaban excusas para terminar pronto, niños a quienes se les decía que dejaran de exagerar. Cuantas más páginas pasaba, más lejos le parecía la piedra del agua.

La primera prueba llegó al anochecer. Un carpintero pidió disculpas por haber destrozado una pasarela. Había prometido repararla, pero dos concejales lo interrumpieron:

—Fue un daño mínimo. Las tablas ya estaban flojas.

En la orilla, Lúa había clavado una estaca para medir la altura de la pleamar. Vio que la línea mojada descendía, lentamente, apenas el ancho de una uña. Al mismo tiempo, en el taller de

Sira se formó humedad bajo una jarra nueva. No hubo trueno ni luz. El mar se limitó a retirarse como una persona que ya no quisiera discutir.

Lúa propuso abrir las jarras. Sira negó con la cabeza.

—Una vez intenté romper una. El agua se quedó suspendida en la sal, sin volver a la bahía. El recipiente no es la causa; es el lugar donde termina lo que no quisimos reconocer. Primero necesitamos contar cada pérdida con precisión. Después, abrir con cuidado y dejar que el cauce la reciba.

Juntas recorrieron el pueblo. Cada recipiente tenía una frase, pero no todas correspondían a lo que había pasado. La jarra de «un poco de arena» guardaba el agua retirada cuando una empresa local excavó una playa sin pedir permiso a quienes varaban allí sus botes. La del muro roto ocultaba la inundación de un huerto. La de las redes viejas tenía el nombre de un pescador que ya no podía trabajar en el mar.

Al principio, Lúa llevó una lista de culpables. Pensó que bastaría reunir a los responsables, hacerlos reconocer lo ocurrido y devolver cada jarra al agua. Pero las personas que habían pronunciado «no fue para tanto» eran muchas: familiares por miedo, funcionarios por prisa, vecinos por cansancio. Algunas habían intentado reparar lo que negaban. Otras ni siquiera recordaban haber hablado.

Sira escuchaba sin interrumpir. Cuando alguien discutía una cifra, no le pedía arrepentimiento; le preguntaba qué podía comprobarse. Lúa aprendió a anotar «no sabemos» allí donde faltaba una medida.

Una tarde encontraron un tonel sin palabras. Estaba en el fondo del taller, detrás de unas redes secas, y tenía la tapa marcada con el sello del puesto de guardacostas. Lúa lo reconoció: era el mismo sello que había usado durante su primera semana de aprendizaje.

Aquel verano, una barca de transporte había golpeado una señal de madera y la había dejado torcida. Dos días después, otra embarcación rozó el fondo junto al paso estrecho. Lúa vio las marcas, pero no hizo el aviso. Tenía miedo de que descubrieran que había firmado la inspección sin recorrer el canal completo. Cuando el dueño del transporte dijo en la reunión que se trataba de «un golpe pequeño», ella confirmó que no había riesgo importante. Varios vecinos estuvieron de acuerdo y la conversación terminó. Esa misma noche hubo una bajada del agua que nadie anotó.

El tonel era grande. No porque el daño hubiera sido el mayor, comprendió Lúa, sino porque ella misma había declarado insignificante una pérdida que tenía el deber de registrar. Al callar, había dado una medida falsa con la autoridad de su sello.

—He venido a pedir que los demás digan la verdad —murmuró—. Y quería que nadie preguntara por mí.

—Si abriéramos ahora los depósitos —dijo Sira—, faltaría precisamente lo que sostiene ese tonel.

Lúa pasó la noche redactando su declaración. No escribió que todo había sido un accidente inevitable, ni que el pueblo la había obligado a mentir. Explicó qué había visto, qué parte no inspeccionó, qué afirmó sin saberlo y por qué había elegido callar. A la mañana siguiente se presentó ante su maestra y pidió que el informe quedara unido al registro público, aunque le costara su puesto.

No la expulsaron ese día. Le retiraron la facultad de firmar nuevas inspecciones mientras revisaban su trabajo y enviaron a una patrulla a comprobar el canal. La señal torcida seguía allí. Había que repararla de verdad, no solo pronunciar una frase honesta sobre ella.

La reunión del pueblo duró tres jornadas. Nadie podía hablar en nombre de quien no estuviera presente. Quienes sufrían daños contaron lo que habían perdido; quienes los habían causado pudieron responder sin que una disculpa borrara la reparación debida. La lista se llenó de fechas, discrepancias y tareas concretas. Había huertos que necesitaban una pared nueva, barcas que requerían ayuda para salir de la arena, un sendero que debía reconstruirse. No hubo una sola persona señalada como origen de todo.

Cuando leyeron en voz alta la declaración de Lúa, el último tonel empezó a humedecerse por los bordes. Sira llevó los recipientes a la costa, pero no los volcó de golpe. La bahía había perdido agua poco a poco; durante ese tiempo habían crecido bancos de arena donde antes corría un canal. Devolverla sin observar el terreno podía arrastrar barcos y lastimar orillas.

Abrieron un conducto estrecho desde el primer depósito. El agua salió transparente, con un olor antiguo a algas, y encontró despacio su camino hacia la bahía. Tras cada recipiente esperaron a que el nivel se estabilizara. Los guardacostas midieron las zonas más bajas y movieron los amarres antes de seguir. El trabajo ocupó varios días. No hubo una ola que lo arreglara todo ni un cielo que felicitara al pueblo.

El mar volvió a cubrir buena parte de las piedras conocidas, pero no regresó exactamente al mismo mapa. Un banco de arena permaneció donde el agua se había marchado; un paso nuevo apareció más al oeste. La piedra con forma de pez quedó inclinada, mitad bajo el agua, mitad al sol. Tendrían que aprender nuevas rutas y seguir reparando los daños que ninguna magia podía deshacer.

Lúa recuperó más tarde sus tareas, al principio acompañada por otra guardacostas. Su cuaderno se convirtió en un registro que cualquiera podía consultar. En la primera página no había una consigna heroica, sino una instrucción sencilla: «Anota cuánto sabes. Anota también lo que todavía no sabes».

Un niño la encontró midiendo la nueva orilla y le preguntó si el mar se había vuelto más grande.

—No —respondió Lúa—. Hemos dejado de decir que las cosas pequeñas no cuentan.

El niño observó la piedra del pez y dibujó una línea junto a ella. Lúa le prestó el lápiz para que anotara la fecha.